



MARC.
REGISTR.

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.

FERNANDO LUQUE
Lo que son... las cosas.

CARLOS MIRANDA
El vals de los besos.

JOAQUIN BELDA
El fantasma.

CESAR JALON
Los sátiros de papel.

GONZALO CANTÓ
Sátira.

MANUEL LOPEZ M.
Soledad.

FERNANDO AMADO
El perfume delator.

R. LASSO DE LA VEGA
A Filéremo.

TOVAR Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de
Rosario.

ROSARIO (del trio Olivares)

Sus ojos, de belleza que fascina,
y de negras pestañas coronados,
son dignos de los sones acordados
del plectro de Gutiérrez de Cetina.



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

DESDE que Adán y Eva, sintiéndose padres de la humanidad le metieron el diente á la fruta prohibida, (lo cual debió darles una *frutalidad* de gusto), el hombre ha acudido á millones de procedimientos para buscarse el garbanzo.

Hay medios indignos, como el del ver-



B1.—Gordita y bien formada, como á mi me gusta.

B11a.—¡Chico, y á mí!

duge, el del perrero y el de guapo de mujeres fáciles; movidos, como el de preparador de amas de cría y el de reclutador de estrenos, y fantásticos, como los que hacen de ola en las obras teatrales que tienen decoración de mar y los que panean las calles metidos en botellas anunciadoras.

Pero ahora hemos descubierto que en Berlín hay unos sujetos que se ganan la vida haciendo de seductores de guardarrropía, al servicio de una agencia que funciona en toda regla y cuya misión es verdaderamente extraordinaria.

Un marido escamado desea comprobar si su costilla se la pega y acude á la agencia donde le proporcionan un tipo donjuanesco, el cual se dedica á hacer el amor á la esposa del interesado. Este individuo, ducho en el arte de conquistar, da cuenta diaria al flemático marido de cómo van sus trabajos y, en un momento dado, le presenta pruebas irrefutables de la infidelidad de su cónyuge, tales como un rizo, un trozo de cinta del adorno del corsé, una liga, etc., etc. y, entonces, el esposo, queda plenamente convencido de la felonía de su cónyuge.

El seductor de alquiler cobra, según tarifa, los servicios que presta: Por un beso á hurtadillas da lo en el cogote, diez marcos; por un abrazo apretado, quince; por un reconocimiento interno, veinticinco; por una consumación definitiva, cincuenta, y así sucesivamente.

—¿Qué, cómo va eso, amigo?—pregunta fríamente el esposo.

—¡Pech... regular!... ayer hice una exploración, rodilla adelante, y hoy te he dado dos pellizcos retorcidos según se termina la espalda á mano derecha... Total diez y siete marcos, cincuenta céntimos, porque le rebajo el 15 por 100 por ser para usted, que me ha caído simpático.

De este escandaloso tráfico ha protestado y con razón sobrada un diputado, pidiendo que metan en la cárcel á los sinvergüenzas que lo explotan, pero se le ha olvidado de solicitar que á los maridos que acuden á la agencia de seductores, se les destine á tirar de un arado, porque á esos mansos esposos de Berlín, no hay quien los ponga en berlina, vehículo que por ahora no se destina al tiro de bueyes.

LAS BORRACHAS



Una.—Qué gorda va á ser la *baba* que vamos á afanar como sigamos *soplando!*

La otra.—¡Más gorda que la que me hizo coger el *alota* que vino anoche!...

Tampoco deja de ser curiosa la noticia que nos dan, de que las mujeres públicas de Moscú amenazan con la huelga, porque las autoridades no les permiten ejercer su industria hasta las dos de la madrugada y como á esa hora hace en Moscú la friolera de 18 grados bajo cero, no hay quien se atreva á pisar las calles, y como consecuencia natural, las pobrecitas están mano sobre mano, ó mejor dicho, pierna sobre pierna, para que esté más propiamente aplicado el vocablo.

Ya ven ustedes, aquí no pasamos de lo 8 bajo, y apenas hay quien se decida, ¡conque imagínense qué es lo que pasará con 18 en Moscú! que todo Dios se amoscó, como es lógico, pues por ley física el calor dilata la materia, el frío la encoge y con este tiempo unos más y otros menos, no hay quien no la tenga encogida, sobre todo á esas horas de la madrugada.

Para explicar su tiránica disposición las autoridades rusas dicen que cumplen los preceptos de la ley, que prohíbe el trabajo nocturno de la mujer y que á las dos de la madrugada, ya pueden considerarse como comprendidas en el nuevo día, y por tanto, la ley no se vulnera.

Y eso es lo que actualmente están discutiendo varios sabios de allá: si lo que las trotacalles de Moscú realizan es un

trabajo, ó por el contrario, constituye un placer, y en caso de ser lo primero, si puede practicarse á de stajo ó debe reglamentarse por horas.

Entretanto, las lindas moscovitas no venden una escoba, como decimos por estas tierras y persisten en amar una que sea sonada, y lo será de seguro, porque nadie más llamada en saber armería que ellas.

En verano, no les hubiese importado tanto la prohibición, pero en pleno mes de Diciembre, y en el centro del día, apenas hacen transacciones, aun ofreciendo calorífero, conque de madrugada, ni con cafetera rusa

La amenaza ha empezado á preocupar seriamente á las entidades moralistas de la fresca capital, porque temen á las complicaciones que traiga consigo la huelga.

Y de ellas, la más grave sería que se dedicasen á *esquirols* las ciudadanas honestas, que hasta ahora no han exteriorizado sus conocimientos en el oficio.

Y ese peligro sería también para las huelguistas un gran riesgo. Porque al volver al trabajo, es fácil que se encontrasen conquistadas sus plazas estaban ocupadas.

Un pequeño REPORTER



El transeunte.—¡Por Dios, caballero, que lo va usted á matar!

El que pega.—¡Es un mal amigo que se ha dejado seducir por mi mujer para faltarme!

El transeunte.—¡Pues, entonces, péguete usted á su mujer!

Lo que son... las cosas

Yo ví un sátiro en acecho.

Se ocultaba tras un alcornoque. Tenía su rabito, semejante á un embutido melenudo, levantado, tieso y tembloroso; un estremecimiento intermitente de todo su ser agitaba su pelambre erizada, de color de café caracolillo; su pecho era sonoro



qual un puchero de cocido á la hora en que el sol pasa por el meridiano, y los agujeros de su nariz, dilatándose, producían, en colaboración con el resuello, el sonar bucólico y alabardero de un pífanos...

Las ávidas miradas de sus ojos rojiverdes iban hacia una ninfa: una linda ninfa caribonita y polirubia, de cuerpo lechoso con eminencias anaranjadas. ¡Bocadillo de cardenal!

Hallábase tumbada, en «decúbito prone», á la orilla de un arroyuelo que corría murmurando — ¡quién sabe por qué! — sobre un lecho de margaritas y de faustos. Ante sí, apoyada en una mata de nabos selváticos, había colocado una revista coquetona: era LA HOJA DE PARRA, entre cuyo texto brincaban varias fantorrillas de una voluptuosidad espasmódica.

En esto, de súbito, ágil y repentino, dió un salto el caprípedo que estaba en acecho y en cuatro más se puso al lado de la sensacional lectora; ésta, advertida por el ruido, intentó alzarse para huir, pero no hizo sino apresurar su caída en los velludos brazos del cazador.

¡Momento efervescente!

Cayeron y rodaron ambos mitológicos personajes por el suelo. Ella se debatía como una serpiente leucopirra, tiraba de los mechones pectorales de su enemigo y le daba con los pies falaces golpecitos en las débiles pesuñas; al mismo tiempo y con permiso de su sofocación y angustia, expelía pequeños gritos, requiriendo el li-

beral auxilio de las divinidades olímpicas y de Sánchez Guerra.

— ¡Favor, Júpiter!... ¡Socorro, guardias!...

Vano geñido. El macho vainilla (diminutivo), excitado, arreció en su propósito, almeró las órbitas de sus ojos malignos, inició un cosquilleo, desarrolló un movimiento centrípeto y... ¡oh! De haberse hallado solo, la victoria hubiera sido suya; la victoria y la niña.

Pero, ¿y yo? señores, ¿y yo? Yo estaba no lejos, yo ví aquello, yo me indigné, yo comprendí intuitivamente que, en aquel caso, la Casualidad me confería la representación de la moral accidental y yo, en fin, me abroché todos los botones que me había desabrochado para dar cierto sabor á la contemplación de la ninfa y así á la manera de una bomba... de diez y seis bujías, en mitad del grupito bsexual y contentiente. (Esto es léxico y lo demás es l... ico de ubre).

Así al sátiro por los cuernecillos y comencé á obsequiarle con demoleadoras patadas en los riñones y en los «países bajos», gritándole á la par:

— ¡Villano! ¡Repugnente! ¡Abusón!... ¡Suelta esa doncella!... ¡No meterás, no, vive Dios, la pata!... ¡Aún hay caballeros en el mundo!... ¡Suéltala! ¡Suéltala ó te arranco los blasones de tu rezal!...

Me sentía magnífico, heroico, épico,



émulo de Gaiferos y sucesor de Roldán. (¡Caramba! ¿He dicho sucesor de Roldán? Pues parece el título de una confitería).

Duró poco mi gallarda actitud. El furibundo sátiro, el sentir mis inusitadas caricias, soltó su presa y... me arreo dos coes en el exólogo.

Una nube negrestina y roja y tormentosa pasó ante mis ojos, sentí en todo mi ser

el amago de una catástrofe traumática y rodé, vencido, por el suelo como... todas las cosas que ruedan.

Cuando volví de mi atolondramiento, me hallé enfangado, mareado, deteriorado y tumbado de bruces en pleno lecho del arroyuelo que, bondad samente, me lamaba el estómago. Me alcé como pude é hice dar á mis ojos una «tournée» en mi alrededor, cual si resucitara.

¡Oh, triu! fol ¡Oh, dichal... ¡Vitor á mi valor!... El sátiro, mi enemigo, huía con la velocidad de un gamo por un cerro



próximo. Y la ninfa caribonita y pelirubia, á pocos pasos de mí, permanecía *inmaculada* y exuberante, contemplando al macho en su fuga.

Visto esto me alcé del todo, recogí el sombrero, que se había ido á reunir con su familia (una pequeña plantación de hongos) y me dispuse á recibir el premio de mi comportamiento irreprochable, varias sonrisas de una ninfa, el agradecimiento de una ninfa, la amistad de una ninfa, tal vez la mano de una ninfa... ó el sitio donde se lleva la mano á menudo. ¿Quién sabe?

—Señorita —exclamé iniciando una reverencia.

La señorita mitológica no me atendió. Siguió observando el huir del caprípedo audaz y cobarde.

—Señorita —repetí, alzando la voz y el sombrero.

Nada.

—¿No me oye usted?

¡Ah! La interpelada volvió hacia mí su rostro lindísimo, clavó en mis ojos sus ojos color de albillo, con una mirada colérica despreciativa y repuso:

—¿Qué? ¿Qué? Vamos á ver. ¿Qué?... Hube de retroceder, confuso por completo. Pero me atreví á balbucear.

—...Debo advertir á usted, señorita, que yo he sido quien...

—Ya lo sé. Bueno. Y ¿á usted que le iba ni que le venía en todo esto?

—¿A mí? ¡Claro! A mí no era á quién le iba ni á quién le venía, pero...

—¡Entonces! ¿Por qué se mete usted donde no le llaman?

—Llamaba usted á Júpiter.

—¿Es usted Júpiter acaso?

—No tengo ese alto honor.

—Pues...

—Pero...

—¡Basta! Haga usted el favor de retirarse.

Su voz serafinesca adquirió una sonoridad irritante. En las facies tenía retratado el enojo; en las carnes su exaltación. Dió media vuelta y se alejó andando como las parisenses. Y murmurando:

— ¡Nos ha fastidiado el tío éste!...

Me dejó helado mantecado.

Pasó un segundo, un segundo izquierdista. Luego me desembocó de la estupefacción con que el proceder caótico de la doncella me había envuelto, me encasqueté el hongo, metí las manos en sendos bolsillos y dando un «tour de coté» eché á caminar: el paso torpe, la cabeza agobiada, las rodilleras laxas...

Mi capote oyó lo que le dije:

—Me parece, querido amigo, que has hecho una sandez monumental.

Fernando LUQUE



—¿Qué te decía ese caballero?

—Que no tiene usted tipo de madre, ¡pero lo que es de tía!...



LAS MODAS

En el próximo año será el último grito que nuestras mujeres se sujeten la falda con nuestros alfileres de corbata y en la forma que indica el grabado. El inconveniente es que como á nosotros se nos que tará la corbata en libertad, nos la tendremos que sujetar con la mano.

El vals de los besos

(REFUNDICIÓN)

Música de «El conde de Luxemburgo».

PERSONAJES: UN VIEJO VERDE. — UNA NIÑA FÁCIL

EL. — ¿Me das un beso?

ELLA. — Sí.

¿Dónde?

EL. — Aquí.

ELLA. — ¿Y usted á mí?

EL. — Yo no quiero besar, ni aun tocar, tal lugar.

ELLA. — ¿Y por qué, amos á ver, si es que va á poer ser?

EL. — Porque oler no me gusta á mujer.

ELLA. — Bese usted más arri...

EL. — ¿Dónde?

ELLA. — Aquí.

EL. — Bueno, sí.

Eso ya es otra cosa... que haré yo.

ELLA. — ¿Por qué no?

EL. — Pero no más abá..., pues tal vez oleré; y es atroz oler polvos de arroz.

EL. — Nunca me gustó besar en el cuello á una mujer, porque se suelen todas dar polvos, y oler puedo en mi hogar.

ELLA. — ¿Es usted casac?

EL. — Yo, sí.

ELLA. — Pues entonces bese aquí, que también ella se echará polvos; y, así, no le olerá...

Por la instrumentación,
Carlos MIRANDA



—¡Pobrecita de mí, que tengo que tumbarme en el suelo por no tener con qué sentarme! Es desear si tengo con qué sentarme, lo que no tengo es una silla.

El fantasma En el pueblo no se hablaba de otra cosa: todas las noches hacía su aparición en lo alto de la loma del Casino, cruzaba el pinar del tío Roque y, atravesando la carretera por junto al sifón, se perdía por el barranco de la izquierda.

—¿Dónde iba después?.. No se sabía. Acaso á sumirse en el seno insondable de la tierra donde, como buen espíritu maligno, tendría su madriguera; acaso —pensaban los más escépticos— á tomar unas copas al ventorro de la Isidra, única habitación humana que había por aquella parte del campo.

La Isidra era una moza guapisima, que aunque llevaba tres años de casada y en ellos había tenido cuatro hijos, continuaba siendo moza por el garbo y la frescura. Su marido, Antón el Botero, desempeñaba en el pueblo el honroso oficio de sereno, por el que percibía del alcalde un sueldo anual de cuarenta pesetas.

Antón salía de su casa á las ocho en invierno, y á las nueve en verano, y tornaba al amanecer. Su mujer quedaba sola toda la noche, sin más compañía que la de sus hijos —unos becerretes que mugían en una cuna— y la de una criada vieja que dormía en el pajar de la casa. Si á algún caprichoso se le ocurría ir á echar una copa el ventorro á la media noche, ella misma se levantaba de la cama, abría la puerta, despachaba al impertuno, y lo volvía á poner en la calle: á aquellas horas, y no estando en la casa su marido, no quería en ella tertulias.

Una noche, al poco tiempo de la aparición del fantasma, Antón, el sereno, recibió un recado confidencial del alcalde:

—Mira, Antón, ve á tu casa esta noche á eso de las dos y en la misma puerta esperas á que llegue don Servando, el recau-

dador de contribuciones, á quien tengo desde ayer en la cárcel, y que no se atreve á salir del pueblo de día porque teme que lo lynchén. Tú lo acompañas por el crimi-

LOS NUESTROS



CÉSAR JALÓN

Escritor festivo. A pesar de su cara de colegial, tiene *un porción* de años. No se ha encontrado caricaturizable más que el sombrero, el mechón y el lazo. Si bajando más se encuentra en él algo saliente, averigüelo Vargas.

no viejo, y no lo dejes solo hasta que no esté más allá de los olivares.

Se dispuso Antón á cumplir el mandato: salió del pueblo por la carretera, llegó al pinar del tío Roque, y, por la izquierda

LA CARA QUE PONEN LAS MUJERES PARA PEDIR CIERTAS COSAS

—¡Ay, lector! estoy molestísima con el picor que siento en una rodilla, me pica desesperadamente; pero como me han dibujado sin manos, no puedo rascarme. ¿Quieres... tú... rascarme... si no te molesta?



del sifón, ganó el barranco que conducía á su casa.

Se acordó del fantasma y, sin darse cuenta, levantó el gatillo de la escopeta que le servía para abrir la puerta á los vecinos en sus guardas nocturnas.

—También tendría gracia que me lo encontrase ahora, —iba pensando mientras subía el pecho que conducía á su casa.

Y, como si sus palabras hubiesen sido una evocación, al dar vista á la puerta trasera de su corral, vió salir un bulto blanco, muy blanco, grande, muy grande, y con una lucecilla de agonia en lo alto de la cabeza.

Se echó al suelo, juntó las manos y empezó á gritar con todas sus fuerzas:

—Huye, huye, espíritu infernal. Yo te conjuro en el nombre de Dios. Huye pronto y deja en paz mi casa, ó te pego un tiro en mitad del espíritu.

Antón temblaba de los pies á la cabeza cuando el ser de ultratumba pasó á su lado, á grandes pasos y dando unos ronquidos que parecían arpegios de las cavernas infernales.

Se perdió a lo lejos y el sereno corrió á su casa, temiendo por la vida de los suyos.

La mujer le recibió sobresaltada á la puerta misma de la alcoba.

—¿Has visto?

—Sí. ¡El fantasma! ¿Te ha hecho algo malo?

—Gracias á Dios, no. Creo que no ha pasado del corral.

Antón, ya más tranquilo, fué á sentarse en una silla, y vió en ella una prenda extraña que le llenó de terrores. El fantasma, con las prietas de la huída, se había dejado allí los pantalones.]

Joaquín BELDA

¿No va usted á los bailes de la Zarzuela?

Los sátiros de papel

Yo no sé conscientemente, ni muchísimo menos, si, en efecto, los sátiros de carne y hueso son tan malvados como desde antaño se les conceptúa. Por otra parte, cuantas críticas del papel de los sátiros han caído bajo mi férula, estaban suscritas por hombres. Y para la mejor apreciación es indispensable conocer la opinión que los susodichos personajes les merecen á las mujeres.

Pero, sean como quieran las perversas inclinaciones de esos ciudadanos, cuando se nos presentan en calidad de cosa decorativa, sin carne, sin substancia, de papel y de papel de muy poco cuerpo, no pueden llegar á la categoría de malos ni de repugnantes, porque son nimios ó inofensivos... [Algo así como una pistole de juguete!]

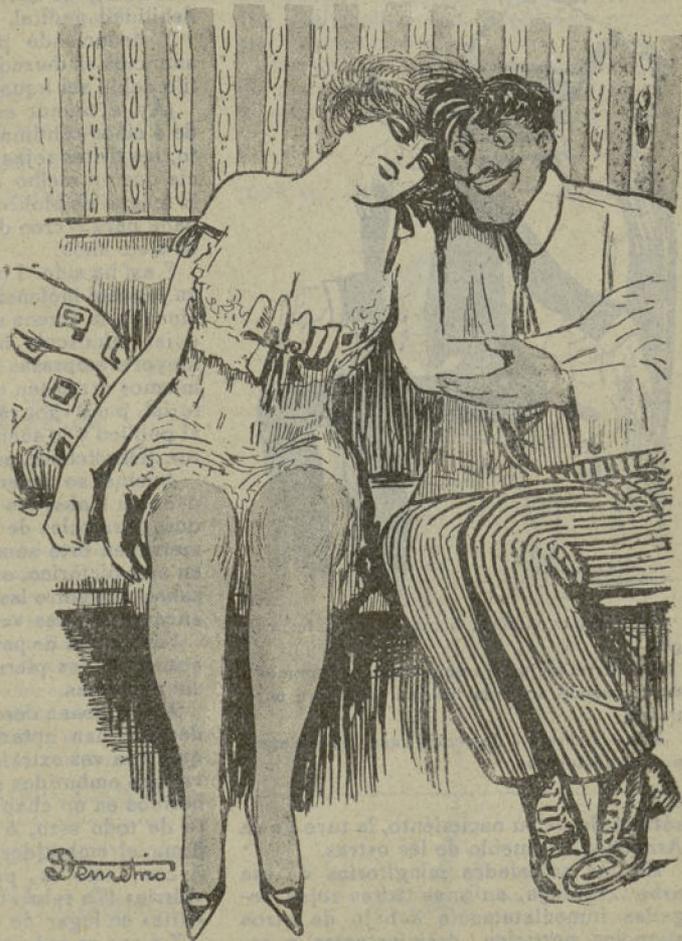
Atendiendo á su condición de juguete, he pensado hacer el reclamo á los sátiros de papel en pro de su venta en las próximas festividades, siquiera lo tenga que hacer salvando varios inconvenientes.

Primeramente, es muy posible que para la noche de Reyes, pongo por noche, los sátiros de papel hayan pasado á la historia con la rapidez con que el papel suele desaparecer, según los usos á que se le destina.

Y, después, da la coincidencia de que

el director de esta HOJA DE PARRA *antigua y sucia* no es partidario de ocuparse de pequeñeces. Aun estas líneas que escribo sigilosamente, las mando á las cajas de su imprenta propia por el propio ordenanza que recoge el apartado y tras de enterarme por teléfono si Lezama ha salido, como proyectaba, á una excursión aérea en un aeroplano de su copropiedad. (Así es y gracias á eso el reclamito va á ser impre-

¡CLARO!...



Demme

Bla.—¡Te juro que es la primera vez que falte á mis deberes, y te suplico que no digas nada, porque si llegara á oídos de mi marido, como tiene tan mal genio... se pondría hecho un toro!

so y á su vista Lezama se va á poner nuevamente por las nubes).

La primera noticia de que estas menudencias «sátiricas», saldrían de su estado celular sin romper la membrana envolvente, abierta, por otra parte, en estos pobres



Ella.—No te enfades, hombre, ya me he arreglado.!

El.—Pero, mujer, si es que siempre llegamos al teatro cuando acaba la función! ¡Siempre te retrasas!

Ella.—No era así de recién casados; que siempre me adelantaba...

sátiros desde su nacimiento, la tuve yo en Aroachón, el pueblo de las ostras.

En los acicalados mingitorios de esa urbe veraniega, en unas tiritas rojas pegadas inmediatamente debajo de otros anuncios nutricios, desinfectantes y reconstituyentes, leíase: «Sátiros».

Ni las ostras ni yo, que somos á la sazón los únicos enterados del nuevo pro-

ducto, sabemos, por aquel entonces, á qué podrían aludir las tiritas de referencia.

Un día, al entrar en el evacuatorio de la «Place de Babie», me encaré con un parroquiano que acababa de verificar el servicio y que abandonaba el local (á pesar de que en Francia no necesitan advertirle como en Madrid):

—Oiga —le interpele—: eso de sátiros ¿qu'est ce que ça?

—No lo sé —contestóme en correcto español—. Debe tratarse de una nueva camslancia del doctor París, ese famoso coleccionista de sellos medicinales contra la debilidad genital.

Y deduciendo por la analogía de los anuncios en derredor para cosa por el estilo debía ser aquello.

¡Ay, el mundo está lleno de sorpresas... de á cinco céntimos! Nada de medicamento; las tiritas rojas anunciaban á la Francia que un recibo de periódico escrito en la lengua de Molière iba á aparecer en España para recreo de los infantes menores de siete años.

Y así ha sido. Los sátiros de papel son un juguete inofensivo que podrán proporcionar una amena noche de Reyes á cualquier minúsculo hijo ó hija de familia. Mayores empresas les están vedadas. Ellos mismos confiesan que son sátiros sin historial, pues «por vez primera sacan el pito al público y lo suenan sin acompañamiento». ¡Desdichado precedente de sátiros!

Además se lamentan de que la gente ha dado en alabar las pantorrillas de jamona que, para solaz de los adultos, pinta Demetrio en este semanario. Desorientados en arte pictórico, estos sátiros ignaros, no saben que entre las piernas de jamona, se encuentra, á las veces, un grito del arte.

Los sátiros de papel serán admiradores, acaso, de las piernas de jamones con ó sin chorreras.

A ello tienea derecho. Pero mientras se deciden han optado por los espárragos que, una vez extraídos del bote de conserva, son embutidos en un calcetín y reembutidos en un chapín Luis XV. El conjunto de todo esto, ó sea el fotografiado le firma el embutidor parodiando á Rafael Arcos, esto es, pone «Biria» en vez de «Birria» (Ya sabe el lector que Arcos dice «tiria» en lugar de tirria).

Y á eso se reduce el juguete novel.

Si é nuestras lectoras «les hace» la inocente actitud de los sátiros, que pidan más noticias á Aroachón.

Yo —y muchos amigos de Demetrio— sigo satisfecho del piernaje que éste nos suministra sin falsificaciones ni plagio. Y continuaré igualmente dispuesto hasta que en lugar de sátiras de papel se me proporcionen *sátiras* —de carne, á ser posible— eso si prefiriendo á las que declaren que es la primera vez que se dan al público y que lo hacen sin acompañamiento.

César JALÓN



¡Nos *h'amoslo* el
Almanaque de LA
HOJA! ¡Pos no tarda
poco en salir!

SATIRA

Cengriez, que es hombre de carácter franco, de ojos picantes y de tez morena, tiene la mente de ilusiones llena y alardea y sostiene que no es manco.

Aunque tiene también el pelo blanco, se cree, sin duda, mientras come ó cena, que *rendir* á una moza buena, buena, es fumar un cigarro del estanco.

El vejete gastado es tan ladino que en viendo una mujer de amor se abraza como el pollo y gentil sietemesino.

Cuando sale de noche de su casa en paz de una ilusión... tuerce el camino, porque está el infeliz hecho una pasa.

Gonzalo CANTÓ

Leed en EL LIBRO POPULAR

Vida de un fenómeno

novela completa por
EUGENIO NOEL

20 céntimos

Soledad La noche del 24 de Diciembre había cerrado por completo. Los tranvías iban atestados. En las calles notábase un movimiento especial, un movimiento que no era el diario.

En los cafés veíanse, pegados en las lunas de los espejos, avisos de que á las diez de la noche cerrarían sus puertas. Todos se disponían á reunirse en sus hogares con los suyos. Es un día en el año...

En los bazares y en los escaparates, esperaban los diminutos portales de Belén, con sus figuritas de barro, el musgo verdusco, los ríos de vidrio, las rocas de corcho y el molino que, impulsado por un mecanismo, movía sus aspas.

Una turba de chiquillos corría golpeando panderetas y tambores, produciendo un concierto desagradable, infernal. ¡Pero

¡QUÉ MALAS SON LAS MUJ... RIQUISIMAS!



—¡Con qué gusto saldría así á la calle, para que viera la mujer de mi Pepe el repistonado cuerpo que tiene la querida de su marido!...

era Nochebuena!... No se les podía decir nada.

En la esquina de la calle del Horno de la Mata, una de esas mujeres vendedoras

Su carne estaba amoratada, formando un color especial con el de la pintura de sus mejillas... Tenía frío... Cuando veía a los chiquillos, tocando y cantando des-

preocupadamente, les miraba con avidez, y después sonreía con una de esas muecas en que el dolor y la alegría, luchan por vencerse... La pobre, desde su niñez, no conocía lo que era felicidad. Desde los doce años la faltaron sus padres, y tuvo que lanzarse a una vida tan accidentada como cruel. Tenía veintinueve años, pero la vida que llevaba y los excesos, hacían que representara más de treinta y cinco.

La Soledad conoció a un tal *Pinturero*, cuyo oficio era el de maltratar diariamente a la infeliz que, por ignorancia, vivía con él, y de gastarse todo lo que ganaban las pobres con el tráfico de su cuerpo. Un chulo.

La Soledad se fijó en él, y como veía diariamente a sus compañeras de infortunio, con un hombre que blasfemando las golpeaba, quiso gozar ese placer rudo, desconocido. Y la pobre Soledad padeció las iras del *Pinturero*.

Habían dado las once y media y Soledad continuaba en la calle del Horno

de la Mata. Esperaba, por lo visto, satisfacer los deseos que tantas otras noches satisfizo. Pero se equivocaba. Raro, muy raro sería el hombre que pasara por allí aquella noche y con aquel fin... Únicamen-



La genial artista Angèle Le Prince «Mistinguette», colaboradora de LA HOJA DE PARRA.

de sus pocos encantos, muscaba ofertas al oído de los escasos transeuntes que por allí acertaban a pasar. Cubría su escuálido y enfermizo cuerpo un mantón pardusco, viejo.

te los que se dirigieran á la iglesia de San Martín, para oír la anual «Misa del Gallo».

Paseaba nerviosa, castañeteando sus dientes renegridos por la nicotina, y mascullando una copla flamenca con su voz desagradable y lastimera.

Legaba á la esquina y se detenía mirando en todas direcciones, como queriendo ver aparecer lo que esperaba. Pero, nada... Pasaba un minuto, otro, cinco, un cuarto de hora... Y seguía tiritando, cantando su copla flamenca.

El sereno, alegre por unas copillas de aguardiente, se acercó á ella exclamando con marcado acento gallego. «¿Qué haces ahí, tontuela?... ¿Crees que va á pasar alguno?... Vete á la iglesia y óyete la misa del Gallo, y luego á la salida...» No terminó la frase, se sobrentendía.

Un hombre, embozado en una capa y la gorra ligeramente inclinada hacia el lado derecho, subía por la calle de la Abada en dirección adonde estaba Soledad... Era el Pinturero. Llegó hasta ella, y al reconocerle, exclamó:

—¡Ah!... ¿Pero eres tú?...

—Toma, ¿quién quieres que sea?...— respondió malhumorado, añadiendo:

—Dame lo que tengas. Me esperan unos amigos, ahí abajo.

Y al decir esto alargaba una mano... La infeliz, rebuscó en su bolsillo y le entregó una peseta.

—Eso es lo único que tengo.

El Pinturero apretandola cobardemente un brezo hasta marcar la huella de sus dedos en la manoseada carne de Soledad, añadió:

—Déjate de coplas. Dame todo lo que tengas. No vayas a pasar la Nochebuena caliente.

—Si no me he estrenado. Te lo juro—respondía llorando y asustada Soledad...

—Vamos, vamos. Que tengo prisa.

—Te juro que no tengo nada más que esto— Y le alargaba la peseta...

—¡Pinturero!...—Llamó una voz aguar-dentosa, de hombre—. ¡Que son las doce!...

Esto excitó la rabia del Pinturero, que cogió con ira la peseta y echando ambas manos al cuello de Soledad la dió un fuerte empujón, la hizo perder el equilibrio y caer. Hecho esto hubo corriendo, calle abajo, sin volver siquiera la cabeza...

Soledad permaneció en el suelo unos momentos, llorando, con esas lágrimas

silenciosas que salen del alma y mordiendo con rabia el mantón.

Un hilo de sangre tiñó su frente.

Se levantó como pudo, y sacando un pañuelo de colores rabiosos, llamativos, se lo llevó á la frente para empaparse la sangre... Y arrebujándose en su mantón y apoyándose en la pared, echó á andar sollozando, en dirección á la iglesia...

Las notas melodiosas, tristes, de un ór-

TOMANDO EL TÉ



—¡Qué golosa eres hija! ¡Has echado siete terrones

—Como que si no echo siete no saco gusto, y con todo y con eso tengo que mover bien el culo de la teza.

gano, hirieron el augusto silencio de la noche...

De los balcones de una casa vecina salió una voz de mujer, que acompañada de panderetas, cantó:

Esta noche es Nochebuena,
noche de felicidad,
dame otra copa, Genaro.
que me quiero emborrachar...

Manuel LÓPEZ M.

El perfume delator

Aquello no era un anónimo. Era una serie interminable de anónimos para la cual el gracioso ó graciosa comunicante había tenido que buscar un papelito digno, por su tamaño, del *New York Herald*. Una verdadera sábana cuajada de delaciones, de descubrimientos, de censuras



—Maestro ¿qué hace usted ahora?
—Dando unos toques en la hoja.

para el pulquérrimo y conquistador Manolo Brings, el afortunado mortal que había logrado usufructuar los encantos de Rosalía, la chica de más partido que se paseaba por Niza durante la temporada de primavera del año último.

Rosalía, naturalmente, leyó y releyó el escrito con emoción creciente, sin querer dar crédito á cuanto en el escrito se la advertía.

¿Sería verdad que su Manolo la faltaba? ¿Podía caber esto en lo posible? ¿No la había jurado mil pico de veces que mientras ella, Rosalía, estuviese en el mundo para quererle, él la sería más fiel que su perro danés que jamás le abandonaba? ¡No! ¡No era verdad!... ¿Quién se fía de

un anónimo?... ¡Vaya un arma!... ¡Aun cuando fuera cierto, sólo por venir envuelto en aquella traicionera píldora debía despreciarla!... Pero... pero... en realidad, ¿por qué no había de ser todo ello una advertencia desinteresada y cariñosa?... Hay ciertas cosas, que cuesta mucho trabajo denunciarlas cara á cara y frente á frente... ¡Ah! ¡Y la cosa estaba bien terminantel...!

«...es un malvado que no merece tu cariño... Si no estuviera seguro de su falsía, no me hubiera atrevido jamás á decirte una palabra... Comprendo que tomarás un disgusto, pero lo prefero á no seguir viéndote convertida en juguete de ese punto filipino... Puedes el día que quieras convencerte de ello... de dos á tres va á visitar diaria y puntalmente á Enriqueta...»

¡Oai! Esto era ya demasiado. Enriqueta era su amiga íntima; para ella no tenía jamás secretos; en ella había depositado toda su confianza... ¡Y era precisamente ella quien le arrancaba el corazón de aquella manera!... Había que comprobarlo. Sí. Pero de una manera delicada, correcta, que la pusiese en posesión de la verdad sin molestar su delicadeza de mujer ni su orgullo de amante oficial. Había que inventar un recurso de ingenio que la descubriese la verdad ó mentira de lo que el anónimo la contaba; pero de forma tal, que en caso de que resultase falso, no pudiesen ni Manolo recriminarla por su falta de confianza, ni Enriqueta burlarse de ella por la «plancha» hecha.

Rosalía pasó en claro más de una y más de dos noches para estudiar el modo y manera de dar un golpe sobre seguro y como lo que á las mujeres no se les ocurre, no se le ocurre á nadie en el mundo, pronto dió con la fórmula salvadora.

Al efecto y valiéndose de ciertos secretillos que ella había aprendido cuando de jovencilla había estado en el *comptoir* de cierto fabricante de perfumes, confeccionó uno de originalidad exquisita, fragancia original y persistencia envidiable. ¡Ya le daría ella á Manolete!...

Este, con la falsía del hombre acostumbrado á vivir en perpetua farsa amorosa, continuaba repartiendo su tiempo y sus caricias entre Rosalía y Enriqueta (á lo menos) sin sospechar, ¡infeliz!, la que en su contra se estaba tramando.

—¡Hola, alma mía! —la dijo cómo de ordinario Manolo á su amante.

—¡Cuánto cerebro verte, pichón! —replicó ella.

—No sé por qué dices eso, cuando bien sabes que no deajo de venir ni un solo día á verte.

—Es que hoy te tengo preparada una sorpresa.

—¿Una sorpresa?... ¡Veamos!

—¡No te rías de mí!...

—No seas niña... Ya sabes que todo lo tuyo me parece á mí gloria...

—Pues mira... es éste perfume...

—¡Caramba!... ¡Delicioso aromal... ¿Sabes que eres una notabilidad?... ¡Delicioso!

—Ves... dándose así, en el bigote y la barba, hace tamlión las veces de brillantina...

—¡Bonita combinaci6n!

—¿Te gusta?

—¡Muchísimo!

—Pues te daré más., así... más... más...

—Mojer, me vas á marear...

—Eso es qus no te gusta...

—Al contrario.... Es embriagador...

Pero...

—¡Ingratol... Después que lo he hecho para tí solol...

¶

Una hora después de esta escena, Manolo Bringas y Enriqueta se hallaban sentándose de besos y caricias.

—¡Qué perfumado vienes, chico!...

—¿Te gusta? Pues no separes tu cara de la mía, ni tus labios de mis labios, ni tus brazos de mi cuello.. Así.. Siempre así...

¶

A la terminación del paseo, se encontraron casualmente en una pastelería las dos horizontales.

—¡Chical ¿Sabes que estás muy elegante?

—¿Te gusta, verdaderamente, el vestido? Pues mira, le estrené ayer.

—Todo lo que llevas, siempre es de un gusto muy delicado... Y te sienta perfectamente. Dame un beso...

Rosalía al notar el perfume que emanaba del rostro de su amiga, no le cupo ya la menor duda de la traición de ella y de su amante.

El autor del anónimo no era, no, un miserable embustero.

Y rabiosa, llena de celos y de ira, al llegar á su casa, escribió sobre una hoja de su carnet unas cuantas palabras con mano febril; llamó á la doncella y le ordenó que inmediatamente llevase la esquila á su destino.

Manolo Bringas, al cabo de un rato, leía sin darse cabal cuenta de ellas, las siguientes palabras:

—No vuelva usted á poner los pies por mi casa. Mis perfumes tienen patente de invención ¡y la exclusiva por veinte años!...

Fernando AMADO



La madre.—Hija mía, yo creo que el motivo que te ha dado tu marido para que le chilles tanto, es muy poca cosa.

La hija.—¡Pues por eso riño con él, por poca cosa!

A Filéremo

Filéremo, si quieres gozar del gran tesoro que al punto en que nacemos la vida nos entrega, procura concertarte, que, á veces, nadie sabe que en sí mismo se esconde lo que busca y ne

Arranca el fruto verde más bien que sazonado; adelántate siempre, si puedes; mas no tengas tampoco mucha prisa, ya que el tiempo y el

son tan parcos, que todo concluye donde empieza. Adora, sobre todo, lo Bello, pues no hay nada verdadero ni bueno si no es en la Belleza. Y, eso es todo, Filéremo. Lo demás no te importe: ya el Amor dispondrá sobre tí lo que él quiera.

Rafael LASSO DE LA VEGA

Ha retrasado la tirada de nuestro *Almanaque*, la rotura de una zapatilla de nuestro regente. Una vez corregida la avería, pronto, muy pronto, se pondrá á la venta esa preciosidad de *almanaquito*.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)

IMPOTENCIA
ó debilidad genital, se cura con las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.
F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

TRES LIBROS INTERESANTES

Tortilla al ron	3	pesetas.
Los quince goces del matrimonio.	1	"
Misterios del lecho conyugal.	0,50	"

Se envía á provincias el libro que se desee remitiendo su importe, más 0,40 para franqueo y certificado. PIDIENDO LOS TRES LIBROS se envían certificados por CINCO pesetas. Al extranjero van por CINCO francos ó UN DOLLAR.

Los pedidos con su importe, diríjense únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.

Exportación de revistas y periódicos á América.

Suscripciones á todos los periódicos de España.

Almanaque de "La Hoja de Parra"

Está en prensa un *Almanaque* en el que los chicos de LA HOJA DE PARRA nos proponemos hacer verdaderas locuras.

Escritores como Dicenta, Répide, Cristóbal de Castro, El Sastre del Campillo, Francés, Diego San José, Carrere, Bejarano, Carlos Miranda, F. Periquet, Asensio Más, López de Haro, Gil Asensio, Jerónimo Gómez, Cantó, César Jalón, J. Acedo y otros muchos indocumentados, han enviado regocijantes artículos y poesías.

Artistas como Julita Fons, la Fornarina, Pastora Imperio, Tórtola Valencia, La Goya, La Maravilla, Pepita Sevilla, Raquel Meller, La Argentina, Bianca Stella, Elvira Ferrero, Vicenta Vargas, Olimpia D'Avigny y Cándida y Blanca Suárez, cuentan desde *El Confesonario* sus intimidades y aventuras amorosas.

De los monos y fotografías se han encaigado los pobrecitos Tovar, Demetrio, Cyrano, Robledano, Marín, Galván, Acedo, Walery, Alfonso, Kaulac, Enrique, Calva-che, etc.

Nuestro *Almanaque* irá impreso en papel «couché», la portada y contraportada serán dos tricolores estupendos, tendrá una barbaridad de hojas y costará..

No queremos decir lo que costará para que la sorpresa y agrado del público sean mayores.

Costará una pequeñez

